

segun el cómputo de lo que estuvo en la Compañía y el Brasil, fué el año de mil y quinientos y ochenta y uno. Fuera del P. Baltasar Tellez, hace honorífica mencion de sus obras y virtudes la primera parte de la *Historia de la Compañía* en varios libros.

P. ANDRADE.

P. JUAN AZPILCUETA NAVARRO

EL siervo de Dios P. Juan Azpilcueta entró en la Compañía el año de 1545 en Coimbra, y despues, el año de 1549 fué enviado al Brasil con los PP. Manuel Nobrega, Antonio Petrio, Leonardo Nuñez, Jacobo Jacobo y Vicente Rodriguez.

Partieron de Lisboa á primero de febrero, y en cincuenta y seis dias tomaron puerto en el Brasil.

Aunque todos estos Padres fueron celosos del bien de los indios, era admirable á todos el P. Juan Azpilcueta, el cual penetró por varias partes, y viendo los indios tan esparcidos y divididos, que no podia instruirlos y enseñarlos, pasó muchos dias y noches entre ellos sin hacer fruto; mas, en sabiendo bien su lengua, que la aprendió en pocos meses, tuvo tan prósperos sucesos, que admirados los portugueses, acordándose del fruto que habia hecho S. Francisco Javier, siendo navarro, en los indios; decian que parecia guardó nuestro Señor la conversión de los indios para los Padres de Navarra.

Edificó dos casas para instruir los catecúmenos, reprendió mucho á estos indios el comer carne humana, y con la luz del Evangelio les quitó este abuso.

Tenia repartidos los dias, y acudia unos dias á unos pueblos y otros dias á otros, donde se juntaban y les enseñaba el catecismo y doctrina cristiana. Escribió en un papel la oracion del Padre nuestro, y mandábala poner sobre los enfermos, y con sólo esto sanaban de sus enfermedades.

Trabajó mucho en desarraigar los vicios de estos indios, y mucho tiempo sin fruto, hasta que Dios con castigos del cielo los abrió los ojos.

Habia en un pueblo gran disension entre los indios, y como no se compusiesen con los avisos y ruegos del Padre; de repente, sin saberse de donde, se

encendió un fuego grandísimo, que abrasó las más de sus casas, y el ardor de este incendio apagó el de sus iras y odios.

En otro pueblo se cometian muchos pecados sin castigo, haciéndose sordos á las voces del Padre, que les convidaba á penitencia; se encendió de repente otro fuego, que con ninguna agua ni diligencia humana pudo apagarse; si no es una sola casa se abrasaron todas, y aquella casa era de uno que con logros habia ganado lo que tenia, que era muy rico, y tenia públicamente la manceba en su casa; y como él se gloriase y jactase de que falsamente le imputaban estos pecados, otro dia cayó fuego del cielo que quemó su casa con cuanto en ella tenia, volviéndolo todo en ceniza. Y el año de 1555, este santo Padre, rico de trabajos que padeció por la conversión de aquellas almas, estando en la bahía pasó de esta vida á la eterna, y recibió el premio debido á sus obras.

P. NIEREMBERG.

HH. PEDRO CORREA Y JUAN DE SOSA

EL bendito H. Pedro Correa, ilustre mártir por la castidad y confesor de Cristo en su santa vida y dichosa muerte, fué natural del reino de Portugal, de padres y linaje muy noble.

Pasó al Brasil con otra gente principal, que fué á conquistar aquella tierra, y él fué más con deseo de ganar para sí los bienes de ella que de comunicar á aquellos bárbaros los del cielo.

No habia en el Brasil ningun portugués más poderoso que nuestro Pedro, y era el más tirano de todos contra aquellos indios, y, ántes que fuesen allá los de la Compañía, usó con ellos mil injusticias, violencias y tiranías. Andaba con un navío todas aquellas costas del Brasil, y con mano armada cogia multitud de indios, en busca de los cuales iba como á caza, persiguiéndolos como á fieras y tratándolos como á tales. Despues los iba á vender á los otros portugueses, para que fuesen sus esclavos y trabajasen en los ingenios del azúcar y en otras haciendas suyas.

Este pecado lloró despues toda su vida como otro S. Pedro, y se puede decir que como otro S. Pablo consiguió la misericordia de Dios, porque lo hizo ignorantemente, segun de sí lo confiesa el apóstol; porque pensaba que

antes hacia mucho servicio á Dios en traer aquellos bárbaros, aunque fuesen cautivos, adonde estaban los portugueses, porque con su trato tendrian algun conocimiento de la ley de Cristo del cual carecian en sus tierras, y así les ponía en ocasion de su salud eterna.

Cuando llegaron los Padres de la Compañía de Jesus al Brasil, le desengañó el P. Leonardo Nuñez, advirtiéndole cuán grandes injusticias habia hecho. Clavóle el corazon, y muy pesaroso de su trahía, determinó satisfacerla en cuanto pudiese, y no le pareciendo que lo podia hacer mejor que dedicándose en la Compañía de Jesus al bien y provecho de los indios, fué recibido en esta religion, en la colonia de S. Vicente, para gran gloria de Dios y salvacion de muchas almas; porque respondió el efecto á su deseo, y todo el tiempo que vivió en la Compañía, no sólo su trabajo é industria, pero su sangre y vida puso por remediar espiritualmente aquellas gentes.

Ayudóle mucho saber la lengua de los brasiles tan bien como ellos mismos, y la hablaba con tanta elegancia, que le llamaban los mismos brasiles el Doctor de la elocuencia. Con esto pudo hacer oficio de maestro con los nuestros, para que aprendiesen aquella lengua, y con los brasiles de apóstol; porque con su gran elocuencia les explicaba con gran claridad los misterios de nuestra santa fe.

Hizo muchas conversiones, edificándose los bárbaros de su grande humildad, ejemplo de vida y celo santo que en él veian; porque verdaderamente no perdonaba á trabajo ni penalidad alguna, por reducir aquellas naciones al suave yugo de Cristo. Decia, acordándose de su vida pasada, que no tenia otro camino para salvarse, sino es entregarse todo á procurar la salvacion de aquellas gentes, á las cuales habia hecho tanto daño. Al fin, hizo tanto con su trabajo, ejemplo, prudencia, celo y predicacion, que se le deben las primicias de la gran mies que despues acá se ha cogido en aquellas partes para el cielo.

Temió el demonio la guerra que le hacia el H. Correa, á quien aborrecia como á su capital enemigo, y deseaba quitarle la vida temporal, porque no fuese causa de la eterna á tantos.

Yendo una vez enviado de la obediencia á un lugar de indios, se le cayeron sobre la cabeza dos vigas, que le quebraron los cascos mortalmente; juzgáronle todos por acabado, pero ¡cosa maravillosa! al otro dia amaneció bueno y sano, como si ni una paja le hubiera tocado, para poder proseguir su camino hecho por obediencia, la cual virtud es tan agradable á Dios, que obra por su causa semejantes maravillas,

Tuvo despues un grande corrimiento y dolor á los ojos, mal muy dificultoso de curar en aquella tierra: hicieron oracion por él los nuestros, y el mis-

mo dia se le quitó todo el corrimiento y dolor como por la mano. Era muy preciosa la vida y salud de este santo Hermano, y Dios le tenia guardado para una muerte preciosísima en su divino acatamiento.

Llevábale entónces el Señor, para que con su industria y trabajo abriese á muchos las puertas del cielo; porque halló que tenian los bárbaros grande cantidad de cautivos, para hacer de ellos espléndidos banquetes. Estábanlos engordando, como en Europa ceban á los capones, para que fuesen más pingües platos de sus inhumanos convites porque tenian por la más regalada comida la de carne humana.

Procuró el siervo de Dios librar aquellas víctimas, y no pudo recabarlo con los bárbaros, en los cuales no la razon sino el apetito dominaba. Ni el P. Nobrega, Provincial de la Compañía, que despues vino, pudo hacer más. Pidió nuestro Correa á los brasiles, que por lo ménos les dejasen bautizar aquellos miserables; pero como el demonio les habia persuadido que las carnes bautizadas por el bautismo de los criistianos perdian su sabor ó se emponzoñaban de manera que morian los que comian de ellas, no lo quisieron consentir; pero la ingeniosa caridad del H. Correa pudo más que la bárbara crueldad de los brasiles. Tomaron el Padre y el H. Correa lienzos mojados en agua, y despues, estrujándolos sobre los que habian de ser muertos, los bautizaron á todos, sin entenderlo los brasiles, despues de haberlos instruido en los principales misterios de la fe, y les estuvieron consolando y esforzando, hasta que se hizo carnicería de ellos.

Por este tiempo los carrigos, gente de América, y ya fuera del Brasil, habiendo tenido noticia de la bondad de la ley de Cristo, por habérsela dado unos castellanos que estaban en Paraguay, desearon grandemente recibir el bautismo.

Avisaron al P. Provincial, para que fuera á sus tierras ó les enviara predicadores; pero los operarios eran pocos y las mieses muchas; no se pudo acudir tan presto á todo. Y como el deseo de los carrigos era tan grande, determináronse doscientos de ellos, con los cuales venian algunos castellanos, de buscar á los predicadores de Cristo, pues ellos no podian buscarlos, y ser bautizados todos.

Fué rara esta resolucion y un efecto admirable de la divina gracia, que se determinase tanta gente á dejar sus tierras, y entrarse por las de naciones no conocidas, sino antes crueles y enemigas del género humano, poniéndose á hacer tan largo camino, que no era ménos que de doscientas leguas.

Venian muy contentos los buenos carrigos, aunque con peligro evidente de sus vidas; y su dicha fué que perdiéndolas, entrasen por las puertas del cielo, cuando venian á entrar por las de la iglesia: y no fueron más presto

alistados por ciudadanos de la militante, que lo fueron de la triunfante; porque en el camino fueron despedazados de los tupinaquinos, gente muy feroz, y así le abreviaron, siendo bautizados en su propia sangre; y como canta la Iglesia, con el atajo de una muerte sagrada poseyeron la vida bienaventurada.

Morian con tanta fe y esperanza de la gloria, que mientras les herian los homicidas, les estaban diciendo: *Cortad y despedazad á vuestro gusto estos cuerpos perecederos y caducos; pero no podreis detener á nuestras almas que no vayan á ver hoy á su Criador.* Con esta constancia fueron muertos, sino es algunos que quedaron presos y un castellano que se escapó, y vino á la Colonia de S. Vicente, á dar la nueva de lo que pasaba.

Fué luego enviado allá el H. Correa, para que como diestro en la tierra y en la lengua, ablandara algo aquellas fieras de los tupinaquinos; si bien con no poco riesgo de su vida; pero quien la tenia ofrecida á Dios por el remedio de sus prójimos, no tenia ya que temer ni que perder, pues perdiendo en esta causa la vida, ántes la ganaba.

Tuvo buen efecto la ida del santo Hermano, y sacó del poder de los bárbaros á dos castellanos, que le dieron libres, con los cuales se volvió para componer mejor las cosas.

Él quedó tan pagado del buen natural de los carrigios presos, y tan enternecido de la fe de los muertos, y tan edificado de todos por la estima que habian mostrado de nuestra santa ley, que pidió al P. Provincial le dejase ir á sus tierras para darles el pan de doctrina que pedian, y no habia quien se le repartiese.

Concediósele el P. Provincial; y, porque en aquella ocasion habia aportado á la costa de S. Vicente un navío de castellanos derrotado, que iba al Paraguay, y habia padecido naufragio, y se habia de tornar á partir al Paraguay; pidió el gobernador del Brasil al H. Correa, que él se fuese por tierra aplacando á las naciones de la costa, para que cuando arribasen los castellanos que iban por agua, no les hiciesen mal los bárbaros. En esta conformidad se partió el H. Pedro, con otros dos Hermanos compañeros que le dieron; uno se llamaba el H. Juan de Sosa, y el otro el H. Fabian.

Iba el H. Pedro haciendo su oficio de pacificador por donde quiera que pasaba porque, con la propiedad de su lenguaje y suavidad de razones, hablaba como quien tenia potestad en aquellas gentes, entre las cuales iba tambien dando noticia de Cristo, evangelizando los bienes y la paz de nuestro Salvador.

Entre otras buenas obras que hizo en el camino, fué una esta. Topó á un castellano preso de los bárbaros y mal herido con otros dos brasiles tambien cautivos y dedicados á su gula. Dijo á los bárbaros tantas cosas el H. Correa

para que desistiesen de aquella inhumanidad, que les ablandó y redujo á que se los entregasen. El español estaba muy malo de la herida, y así dejó con él para que le curase al H. Fabiano, pasando él adelante con el H. Juan de Sosa y con los dos brasiles que libró de la muerte.

Era este H. Juan de Sosa de rara virtud aún desde que era seglar. Servia á un hidalgo honrado, de los que estaban en el Brasil, con el amor y obediencia que encarga el Apóstol á los siervos. Ayunaba tres dias en la semana; tenia muchas devociones, y era tan compuesto en todas las cosas, que no consentia que delante de él se hiciese ó dijese cosa mala, aunque por esta causa sufrió muchos escarnios y malos tratamientos.

Merció su virtud que Dios se la perficionase en la religion, y así se adelantó mucho despues que entró en la Compañía, gustando siempre de los oficios más humildes, y el de cocinero era en él casi continuo. De aquí le sacó la obediencia para esta gloriosa empresa; y aunque en los nacimientos y calidades eran tan diversos los dos Hermanos, la gracia del Señor les hizo unos en el espíritu y en la muerte dichosa que tuvieron.

Llegaron á los carrigios despues de haber pasado grandes trabajos y peligros; predicaron á Jesucristo con su santa vida y piadosas palabras; causaron gran mocion en aquella gente, y no sólo los del pueblo, pero los más principales querian ser cristianos.

Iba todo próspero, cuando el enemigo del linaje humano entró en uno de aquellos dos hombres castellanos, que habia librado el santo H. Correa de las manos y vientres de los brasiles, cuando les querian comer, y habia ya vuelto á los carrigios, con los cuales tenia mucha mano.

A este desagradecido hombre habia hecho el H. Correa otro mayor beneficio que el pasado, y fué quitarle una amiga, con la cual estaba amancebado, lo cual sintió tanto, que determinó vengar aquella que él llamaba injuria.

Andaba este castellano con otro portugués en unos lugares vecinos á donde estaba nuestro Pedro, el cual les escribió que viniesen á donde él andaba, para que juntos pudiesen ayudar más á los carrigios. Vino el portugues, habló con el H. Correa, vió como predicaba á los indios, y principalmente les exhortaba á perdonar injurias y no vengarse de quien les hubiese agraviado. Volvió despues á donde estaba el otro su compañero, contó todo lo que habia visto y oido. No aprovechó nada para amansar aquel ánimo vengativo; parecióle era aquella buena ocasion para vengarse.

Quería ya volverse el H. Correa para traer gente que cuidase de aquellos indios, despues de cristianos; porque ya no faltaba sino instruirlos mejor y bautizarlos. Metió fuego el mal hombre entre los carrigios, diciéndoles no

le dejasen ir, sino que le matasen, porque les queria entregar á sus enemigos, que ya estaban conjurados con él para entrar en sus tierras.

Eran los carrigios blandos de suyo y muy humanos; pero tales cosas les dijo aquel vengativo deshonesto, que le creyeron y resolvieron de matar al H. Correa y su compañero. Sálenles al camino, matan á los dos brasiles que llevaban consigo, y á la venida los habia el H. Correa librado de la muerte. Hacen lo mismo con el H. Juan de Sosa, que se puso de rodillas á orar y á ofrecer con más reverencia su vida en sacrificio. Acometen luego al H. Correa que les estaba exhortando no cometiesen tal maldad, mas ellos le tiraban sus saetas. Entónces el santo Hermano, con rostro muy sereno y alegre, hincóse de rodillas, arrojó el báculo que llevaba de las manos, levantólas al cielo juntamente con los ojos y el corazon, y entre amorosos coloquios con Dios, y suspiros que enviaba al cielo, puso su santísimo espíritu en las manos del Señor, por las cuales fué traspasado al paraíso celestial para recibir el premio de lo mucho que trabajó en cinco años que vivió en la Compañía.

Fué su dichosa muerte el año de 1554, y aunque este santo Hermano no murió por odio que tuviesen aquellos indios á nuestra religion, murió por odio que tuvo aquel mal cristiano á la castidad y justicia y en venganza del heróico celo y cristiana hazaña que habia hecho el H. Correa.

Luego que se supo su muerte en el Brasil, la sintieron todos mucho, especialmente los indios que habia convertido el siervo de Dios, los cuales le lloraban amargamente. Ni sólo se contentaron con llorarle cada uno en particular, pero se juntaron en comunidad, y á media noche le comenzaron á llorar, interrumpiendo el llanto con estas voces: «Ya ha muerto el príncipe de nuestra lengua; que nos decia verdades. Ya nos ha faltado el único intérprete de la verdad, que nos amaba entrañablemente. Ya nuestro padre, y hermano, y amigo ha muerto.»

Con estas tristes lamentaciones pasaron toda la noche hasta la mañana; tanto como esto amaban al santo Hermano y tanto bien él habia hecho á los brasiles despues de religioso por el mal que les habia causado siendo seglar, pues le llegaron á amar tanto.

Es verdaderamente excelente ejemplo de penitencia la vida de este Hermano, pues satisfizo no sólo con el corazon, sino con obras y trabajos tan grandes, lo que habia errado y pecado ignorantemente.

Escribieron la vida y martirio del H. Pedro Correa y su compañero, el P. Nicolás Orlandino en la primera parte de la *Historia de la Compañía*, lib. 14; el P. Pedro Jarich, en el tomo II de su *Thesaurus indico*, lib. 1.º, capítulo XXIV; el P. Pedro Rivadeneira, lib. 4.º de la *Vida de S. Ignacio*, capí-

tulo XII; el P. Pedro Mafeo, lib. 16, de su *Historia Indica*; el P. Spineló, en su libro de *B. Virgine*, cap. XX; el Catálogo de los *Mártires de la Compañía de Jesus*, y Antonio Vasconcelos, en la descripción de Portugal.

P. ANDRADE.

P. PEDRO DIAZ

CON OTROS ONCE DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

LA riquísima flota para el cielo que embarcó el siervo de Dios Ignacio de Acevedo, no paró sólo en los cuarenta mártires que con él dieron sus vidas á manos de corsarios herejes; en otro navío tuvieron otros doce de la Compañía semejante dicha; porque algunos religiosos de los que llevaba al Brasil, se quedaron con el P. Pedro Diaz en la isla de la Madera, y no son ménos dignos de memoria que los pasados, pues los trabajos que padecieron por Cristo, no fueron menores; pasaron grandes tempestades que les derrotaron por diferentes puertos en las islas de barlovento, Sto. Domingo y Cuba.

Llegó la nave del P. Pedro Diaz á la isla de Cuba, toda destrozada, hasta el puerto de Santiago, que, sin tener otra nave, la hubieron de dejar, tan perdida estaba; y así fueron los religiosos á pié y descalzos y en tiempo de grandes lluvias, por pantanos y sin hallar que comer, hasta que despues de tres dias toparon en otro puerto una embarcacion descubierta toda al cielo, que no tenian donde defenderse ni de las aguas, ni de los vientos, y así no sólo su corto matalotaje, sino los mismos vestidos que traian puestos se les pudrieron.

Con este trabajo llegaron á la Habana, habiendo andado setenta y cuatro leguas. De esta manera ejercitaba el Señor á sus siervos y les disponia para la corona del martirio, y ellos tenian tan grande caridad, que nada les parecia mucho padeciéndolo por Dios.

De la Habana tornaron á las Terceras, adonde hallaron á D. Luis Vasconcelos y al P. Francisco de Castro con otros cinco compañeros; allí se recogieron catorce de la Compañía con el P. Diaz en la nave *Capitana* del gobernador D. Luis de Vasconcelos, el cual fué forzado á dejar las otras naves